

*Five Myths about Nuclear Weapons,*  
de Ward Wilson

Ángel Eduardo Rivera\*

Que “el hombre es un creador de mitos por naturaleza” es el punto de partida de Ward Wilson para justificar que crear historias es una parte esencial de cómo piensa y entiende el ser humano, ya que incluso nuestros cerebros tratan de buscar argumentos para ajustarse a hechos que se han comprobado inexistentes.

Gran parte de la investigación en las relaciones internacionales se basa en teorías que se han desarrollado a lo largo de la historia con el fin de explicar y dar a conocer el acontecer mundial de acuerdo al lugar y tiempo en el que se formula alguna teoría. Sin embargo, también es menester de los científicos sociales ser escépticos a aquellas que no son apoyadas por la evidencia real.

Las teorías clásicas de Relaciones Internacionales, realismo e idealismo, han sido utilizadas principalmente para hablar de guerra y paz, siendo la primera la que ha predominado en el debate a partir de la segunda mitad del siglo xx en los estudios de relaciones internacionales, si de seguridad y defensa se trata, donde uno de los temas centrales para la preservación de la paz y seguridad internacional ha sido la existencia de armas nucleares por ser el armamento más fuerte al contar con efectividad, ya que tiene la habilidad de disuadir a un país a atacar a otro que también cuente con él y al asegurar la supervivencia de aquel que las posee.<sup>1</sup>

Por su habilidad de castigar en gran escala, se ha confirmado que las armas

\* Licenciado en Relaciones Internacionales por la UNAM. Actualmente estudia la maestría en Estudios en Relaciones Internacionales en el Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la misma universidad. Correo electrónico: angeleduardorivera@outlook.com.

<sup>1</sup> Lo que los teóricos realistas no vislumbraron fue que más Estados que no pertenecían al *status quo* irían desarrollando programas nucleares con fines bélicos, los cuales no precisamente presentan empatía con los que las poseen, como Pakistán con India o Corea del Norte con Estados Unidos. De hecho, es irónico que la no existencia de armas nucleares ha llevado a enfrentamientos, como pasó con Irak en dos ocasiones: en 1981 cuando el reactor Tamuzz fue bombardeado por fuerzas israelíes, al creer que se estaba desarrollando un programa nuclear con fines bélicos, y en 2003 cuando Estados Unidos, ante la creencia de que el gobierno de Saddam Hussein ya contaba con armas nucleares y podía proveerlas a organizaciones terroristas, invadió el país ignorando la negativa de Naciones Unidas como parte de su doctrina de guerra preventiva.

nucleares sobresaltan y atemorizan a los oponentes. No sólo bastó con la destrucción en las ciudades japonesas durante la Segunda Guerra Mundial, sino que en la década de los años cincuenta se dio un gran salto con la creación de la bomba de hidrógeno. Con el paso de los años, la política internacional demostró que la disuasión nuclear era una de las características principales de la Guerra Fría y que en tiempos de crisis su efectividad era perfecta. Con ello incluso se sostuvo que durante el sistema bipolar las armas nucleares nos mantenían a salvo, ya que la única vez que fueron utilizadas generaron impacto y temor mundial cuyo poder permanece remanente cuando la situación amerita tomar una decisión pragmática.

Pero, ¿qué pasaría si todo lo que se ha dicho sobre estas armas de destrucción en masa no fuera del todo cierto? ¿Qué sería de las relaciones internacionales si gran parte de los sucesos del desarrollo de la Guerra Fría hubiese estado basado en mitos? ¿Cómo es que se ha teorizado sobre el poder y la efectividad del armamento nuclear si sólo se ha utilizado una vez? ¿Esto nos llevaría a pensar sobre su efectividad en la actualidad? Estas y otras preguntas se formuló Ward Wilson para presentar, con una experiencia de más de 30 años, lo que enumera *Five Myths about Nuclear Weapons*.

## Repensando la historia

Colaborador principal en el Centro James Martin del Instituto Monterey de Estudios Internacionales, Wilson nos recuerda que no todo está dicho en la historia y que ésta puede tener varias versiones de acuerdo a la perspectiva con que se analice.

Habiendo ya presentado su obra ante gobiernos, la Organización de las Naciones Unidas y *think tanks* de universidades prestigiosas como Stanford, Princeton, Georgetown y el Colegio de Guerra Naval de Estados Unidos, él asegura que sabemos más de las armas nucleares por historias y por mitos que por lo que realmente son y representan en los albores del siglo XXI, ya que los conceptos que han derivado del estudio del armamento nuclear a menudo parecen adquirir las cualidades de mitos, ideas e historias que han moldeado el pensamiento de la humanidad mientras que los hechos son desatendidos, por lo que su argumento central en este trabajo es cuestionar qué tan cierto ha sido lo que se ha dicho de ellas.

Son cuatro experiencias a lo largo del tiempo las que identifica para afirmar que lo que se ha dicho de esta tecnología no es del todo cierto ni absoluto. El impacto, el salto, la crisis y la paz pertenecen a momentos de la historia del siglo XX donde el tema de las armas nucleares fue central y decisivo en la política internacional, y que cada uno ha dado paso a un mito: que las armas nucleares sobresaltan y atemorizan a los oponentes, que la bomba de hidrógeno presentó un gran salto en la tecnología militar,

que la disuasión nuclear funciona en una crisis, que el armamento nuclear nos mantiene a salvo y que no hay alternativa.<sup>2</sup>

Empezando con el impacto, éste se produjo los días 6 y 9 de agosto de 1945 en Hiroshima y Nagasaki, respectivamente. Una de las lecciones que dejó el suceso fue que la efectividad de las armas nucleares crean un temor al oponente gracias al poder psicológico que les permite ejercer coerción y disuadir cuando otros medios militares, como repetidas derrotas y bombardeos, no funcionan.

No obstante, en la obra analizada el autor invita al lector a cuestionarse sobre si realmente fue la detonación de las bombas atómicas lo que llevó a los japoneses a rendirse en la Segunda Guerra Mundial. ¿Por qué le llevó tres días al gobierno reunirse después de la explosión de Hiroshima si era una situación de emergencia, nunca antes vista, y menos de un día hacerlo cuando llegó el informe de que el ejército soviético estaba por invadirlos? ¿En realidad Japón se rindió por la detonación de la bomba atómica? ¿Por una bomba cuyo nivel y radio de destrucción fue menor que la cantidad de bombardeos previos en todo el territorio, incluida la ciudad de Tokio? ¿O se rindieron por la amenaza de invasión del ejército que derrotó a los alemanes?

A lo largo del estudio se presentan pruebas que llevan a pensar, incluso, que a los japoneses de cierta manera les convino la detonación de las bombas nucleares y las utilizaron a su favor para rendirse, para quedar como víctimas de la mayor tecnología bélica creada por el hombre y para terminar con 14 años de guerra y así no denigrar el sentimiento nacionalista de su pueblo al aceptar, de otra manera, que les habían estado mintiendo tras meses de retiradas y hambrunas.

Por otro lado, no fue suficiente para el gobierno estadounidense haber logrado desarrollar el arma de destrucción humana más potente, ya que más adelante anunciaron la creación de la bomba de hidrógeno, la bomba H, lo que Wilson ubica como el gran salto cuántico porque se vendió como un artefacto nuclear “mil veces” mayor que la bomba que había destruido Hiroshima, pero lo cierto es que la lectura lleva a pensar en este gran avance tecnológico más como ilusión que como una realidad. En primer lugar porque la vanguardia militar apunta hacia artefactos cada vez más pequeños, lo que hace de este tipo de armamentos no tan útil en combate y, en segundo lugar, en caso de que se utilizara, ¿cuál sería la reacción de la nación afectada?, ¿se rendirían como los japoneses? En tiempos de guerra, ¿qué tanto afecta la destrucción de una ciudad?

<sup>2</sup> El quinto mito sobre las armas nucleares no pertenece específicamente a un momento en la historia, sino que deriva de las cuatro experiencias previas que sirven al autor para reflexionar sobre más mitos que se han creado después de la Guerra Fría y brindar alternativas sobre lo que se debiera hacer al respecto.

Durante la lectura se revisa la historia de la guerra para dar respuesta a estos cuestionamientos y demostrar que tras la detonación de una bomba de hidrógeno o cualquier otro armamento nuclear sobre población civil es más probable que la nación afectada responda a que se rinda,<sup>3</sup> ya que históricamente la destrucción de ciudades no ha sido una manera de ganar una guerra convencional. Es la destrucción del ejército enemigo lo que cuenta porque, si de beligerancia se trata, el autor nos recuerda que destruir no es lo mismo que ganar.

Otra idea que se ha generado entre los estudiosos de las armas nucleares ha sido que la disuasión nuclear funciona en momentos de crisis, ya que ellas pueden ser ocupadas como instrumentos de fuerza sin la presencia necesariamente de un conflicto bélico, cuyo mayor ejemplo nos ha sido enseñado durante la Guerra Fría. El primer ejemplo que viene a nuestra mente seguro es la crisis de los misiles en Cuba,<sup>4</sup> donde gracias a la disuasión las potencias no se enfrentaron. Sin embargo, Wilson no titubea para refutar con ejemplos que no fue el tema nuclear precisamente el que disuadió a las superpotencias a no enfrentarse en una guerra en esta crisis —porque los soviéticos no se vieron disuadidos por el armamento nuclear de Estados Unidos al apoyar al régimen de Fidel Castro, y viceversa, los estadounidenses al aplicar el bloqueo naval una vez descubiertas las lanzaderas de misiles soviéticas en territorio cubano— ni en otras.

Iniciando con la crisis de Berlín de 1948, se sostiene la antítesis de dicha disuasión al cuestionarse lo siguiente: ¿por qué si Estados Unidos poseía la bomba atómica y amenazó a la Unión Soviética de utilizarla se construyó de cualquier forma el muro? Situación similar durante la Guerra de Corea en 1953. Estados Unidos utilizó la disuasión nuclear para impedir que los soviéticos apoyaran al gobierno norcoreano, y tal vez funcionó, ¿pero tal disuasión fue efectiva para los chinos? No, ya que ellos sí apoyaron al régimen que los estadounidenses querían derrotar.

<sup>3</sup> Sobre este punto, algo que ha atemorizado al mundo desde el inicio de la carrera armamentista durante la Guerra Fría fue cuando el programa nuclear de la Unión Soviética también tuvo éxito y se pensaba que, durante algún enfrentamiento directo, se pudiera llegar a una destrucción mutua asegurada.

<sup>4</sup> Aquí es necesario preguntarnos: ¿cuántas veces hemos leído sobre la crisis de los misiles de 1962 y utilizado de ejemplo para hablar de la disuasión nuclear protagonizada por Estados Unidos y la Unión Soviética? Iniciada la Revolución Cubana, el gobierno estadounidense intentó invadir la isla, tras su fracaso y con el enemigo soviético acercándose al régimen de Fidel Castro, el presidente John F. Kennedy fue informado de que se habían descubierto lanzaderas de misiles nucleares que apuntaban hacia la costa de Florida. A partir de entonces la crisis duró al margen de las conversaciones diplomáticas que sostuvieron los líderes de ambos bandos para que no estallara un enfrentamiento directo, teniendo en cuenta que en cualquier momento un misil nuclear podía ser lanzado hacia territorio nacional o que, si lanzaba el ataque primero, el otro respondiera (destrucción mutua asegurada).

Esta misma efectividad se puede cuestionar también para ejemplos de crisis del siglo xx entre Estados Unidos y países que no poseen tecnología nuclear con fines bélicos, como los árabes en 1973,<sup>5</sup> que cancelaron el suministro energético a países del bloque occidental, Irak en 1991 y la crisis del Golfo, o pensemos en temas más actuales, como el programa nuclear de Irán antes y después de la presidencia de Barack Obama o la salida de Corea del Norte del Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP) y el desarrollo de su programa, que ya ha sido objeto de ensayos sobre el mar de Japón y amenazado en destruir parte del territorio estadounidense, acciones que los medios de comunicación se encargan de hacer llegar al mundo y alarmarlo, pero sobre las cuales pocos receptores se preguntan si en realidad el régimen norcoreano cuenta ya con la tecnología para cumplir sus amenazas.

Sobre el cuarto mito, que las armas nucleares nos mantienen a salvo, algo que la teoría del neorrealismo o realismo estructural de Kenneth Waltz sostiene para defender que el sistema mundial bipolar es el más estable, Wilson deja ver entre líneas su postura ideológica y desmiente este mito con postulados de la teoría del neoliberalismo, tales como la interdependencia económica y la creación de tratados y organismos internacionales, pero también sostiene que esta paz se debe al cansancio y la distracción de la situación internacional, la creación de alianzas y, lo que ha sido preocupación en los estudios de guerra y paz desde la década de los años setenta, que cada vez hay más violencia al interior de los Estados que guerras entre ellos, violencia que ya no se libra de ejército a ejército, conflictos que no se pelean con armamento convencional, sino con armas pequeñas y ligeras.

Lo anterior no se debe malinterpretar: sean las armas nucleares u otros factores los que han coadyuvado a que hasta el momento no se haya repetido un escenario como la Segunda Guerra Mundial, no nos exime de que vuelva a pasar. Wilson resalta que la historia tiene periodos de paz, y que los largos periodos de paz en realidad son cortos si se trata de la historia de la guerra.

En el quinto y último mito del libro—que no hay alternativa a las armas nucleares, se hace una invitación a repensar el sentido de su existencia. Durante el desmantelamiento de la Guerra Fría y el relajamiento de tensiones entre el bloque oriental y occidental se firmaron acuerdos para la limitación y reducción de armamento estratégico, y al fin de la década de los años noventa, una vez consumado el conflicto, se puso énfasis sobre concretar un mundo libre de armas nucleares, ya que no tenían más razón de ser. Sin embargo, más allá de las nuevas amenazas a la seguridad internacional y las “nuevas guerras”, se dijo que este tipo de armamento no se podía

<sup>5</sup> En este mismo año también el posible programa nuclear de Israel (ya que hasta la fecha no lo ha confirmado ni negado, sino que se ha centrado en una política de opacidad) no sirvió para que Siria y Egipto se vieran disuadidos a atacarlo.

“desinventar”, lo cual es realmente cierto, acepta Wilson, y a la vez resulta irrelevante porque si bien es verdad que la tecnología no se puede “desinventar”, también lo es que ésta deja de existir o se vuelve obsoleta porque es sustituida por una mejor, y en el caso del armamento, por uno más efectivo.<sup>6</sup> Pero, en el caso de las armas nucleares, ¿cuál sería la necesidad de mejorarlas si después de 72 años no han sido ocupadas de nuevo? Con este cuestionamiento el autor concluye que, además de ser costosas y peligrosas, las armas nucleares no tienen un propósito práctico y no sirven para nada.<sup>7</sup>

### Reflexiones finales

Tras la tajante conclusión de Wilson nos resta pensar: ¿por qué aún existen las armas nucleares si no tienen uso práctico? El autor esboza algunas de las razones a esta respuesta que no tienen que ver con el propósito para el que fueron inventadas. Un ejemplo es su utilidad como reputación, el contexto internacional ya no es el mismo que en el siglo xx. Si bien Estados Unidos, la Unión Soviética (hoy Rusia), Francia, Reino Unido y China, todos miembros del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, fueron los primeros países en desarrollar programas nucleares, la realidad es que eso no los ha eximido de crisis económicas y financieras, por lo que para ser potencia en el escenario mundial ya no sólo es necesario contar con el más letal armamento. En este sentido, cabría preguntarse: ¿qué seña de Francia y Reino Unido sin armas nucleares? Actualmente, Alemania se ha reposicionado en el tablero internacional y tiene un papel más destacado en la política que los otros dos: lo mismo se podría pensar en materia económica de Corea del Norte o Japón.

La otra razón de mantener un programa nuclear es su uso como moneda de poder —algo en lo que ya no ahonda demasiado el autor como en los primeros cuatro mitos— pero para la segunda generación de países nucleares. En los casos de India, Pakistán, Israel y Corea del Norte las armas nucleares son utilizadas para alardear, intimidar, acallar al pueblo o desarmar a opositores. India y Pakistán la utilizan para disuadirse uno al otro. Israel para mantener cierto poder en Medio Oriente; su posición es difícil, pues ya se sabe que cuenta con armamento nuclear de manera extraoficial,

<sup>6</sup> Es incluso irónico, hablando de innovaciones tecnológicas, que en el caso de la bomba de hidrógeno, aunque es más destructiva que sus precedentes, no quiere decir que sea más útil. De hecho, desde su invención no ha sido utilizada para el propósito que fue creada.

<sup>7</sup> Si bien la única vez que se utilizaron armas nucleares fue en 1945, durante la Guerra Fría hubo miles de detonaciones nucleares a cargo de las superpotencias. En el caso de Estados Unidos, sus ensayos para intimidar a la Unión Soviética eran realizados en las Islas Marshall, mientras que los soviéticos utilizaban el desierto de Kazajistán e islas en el Océano Ártico.

pero al momento de confirmarlo podría detonar el desarrollo de programas con fines nucleares bélicos por parte de países árabes, lo cual no los ha limitado ni detenido, como se vio en 1973, para tener otro tipo de armas de destrucción en masa, como las químicas y las biológicas, factor que vuelve aún más compleja de lo que ya es la situación en Medio Oriente.

El caso de Corea del Norte es el mejor ejemplo del uso de armas nucleares como moneda de poder e incluso de cambio. A diario, tras su salida del TNP en 2003, el régimen de Kim Jong-un utiliza las amenazas de ataques nucleares para proveerse de alimentos y petróleo del resto del mundo y que así el régimen pueda seguir en marcha; por lo tanto, también sirve para mantener a la población acallada ante un posible golpe de Estado.<sup>8</sup>

Un tema que el autor deja de lado no por falta de interés, sino por quedar fuera de su delimitación, pero que gracias a los mitos ahora desmentidos puede servir como base, es el caso del terrorismo nuclear; es decir, el temor que existe entre los países occidentales de que grupos terroristas adquieran el secreto atómico, temor que ha justificado que Estados Unidos y Reino Unido, principalmente, estén en la búsqueda de innovación de sus arsenales nucleares, que en el análisis de Wilson ya sabemos lo que pensaría al respecto. Lo que los gobiernos no están analizando es que no basta con tener el secreto atómico: son necesarios años de experimentación y pruebas y, por supuesto, personal calificado, además del financiamiento necesario. Tampoco es factible que se vayan a robar un misil con carga nuclear, por lo que el hecho de que los terroristas puedan tener armas nucleares es poco probable.<sup>9</sup> Lo que sí es más creíble es que se puedan fabricar bombas con materiales radiactivos, lo que se conoce como bombas sucias, que no tienen el mismo impacto destructivo pero no dejan de ser peligrosas. Desde 1995 ha habido millares de casos confirmados de material nuclear o radiactivo perdido, robado o faltante, de acuerdo con la Agencia Internacional de la Energía Atómica.<sup>10</sup>

<sup>8</sup> En la historia de los programas nucleares, el de Sudáfrica tenía como objetivo no un enemigo exterior, sino la propia población en los tiempos del *apartheid*. Afortunadamente no se concretó y, por el contrario, se desarrolló la iniciativa de una zona libre de armas nucleares en África que concluyó con la firma del Tratado de Pelindaba en 1994, lugar sudafricano donde se desarrollaba el programa.

<sup>9</sup> Cabe recordar que no es sólo el arma nuclear lo que se necesita para hacerla detonar. La carga nuclear se encuentra en una ojiva; para hacerla llegar al objetivo es necesario un vector, esto es, un misil que cuente con la tecnología necesaria para llegar a su destino, de preferencia de largo alcance. Estados Unidos y Rusia son las únicas potencias en la actualidad que cuentan con misiles intercontinentales, de ahí la duda sobre si los misiles de Corea del Norte cuentan con la capacidad de destruir parte de Estados Unidos, el ejecutor tendría que acercarse demasiado para lanzarlos. Otro aspecto necesario es la base de donde se lance el misil, ya sea desde tierra, aire o mar.

<sup>10</sup> Dentro de la Conferencia de Desarme de Naciones Unidas existen instrumentos relacionados con

Ante esta situación, ¿hacia dónde ir? *Five Myths about Nuclear Weapons* no es necesariamente un incentivo para perder temor a lo que este tipo de armamento puede hacer y que dejemos el tema de lado para dar importancia a otros problemas a los que se enfrenta la humanidad en la actualidad, sino todo lo contrario. Precisamente plantea necesaria la reflexión y el repensar sobre lo que se ha dicho de ellas con el fin de desmentir mitos y tomar acciones, ya que si bien el mundo no está exento de que haya una detonación o un accidente nuclear, la sociedad internacional no está preparada para entrar en acción y socorrer a los afectados; de ahí la insistencia en crear instrumentos que coadyuven a tener un mundo libre de armas nucleares, donde entran las siete zonas libres de armas nucleares y el recién Tratado sobre la Prohibición de las Armas Nucleares, instrumento necesario desde hace 70 años, pero que no marca más que el comienzo del inminente esfuerzo que se debe aún hacer para su erradicación.

Ward Wilson, *Five Myths about Nuclear Weapons*, Mariner Books, Estados Unidos, 2013, 208 pp.

---

las armas nucleares pendientes de negociación o firma por falta de voluntad de los países que las poseen. Entre ellos el Tratado sobre la Prohibición Total de los Ensayos Nucleares, un tratado para la cesación de la producción de materiales fisibles, uno para la prohibición de la carrera armamentista en el espacio y otro que abarque la cuestión de las seguridades negativas.